

Influencias del Estructuralismo Francés en el Análisis del Discurso

Rolando Navarro

Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela
Rolandonavarro62@yahoo.com

Resumen

Este análisis sitúa los orígenes del término estructura en la lingüística (Saussure, el Círculo Lingüístico de Praga y Hjelmslev) para luego mencionar los aportes de Vladimir Propp a la antropología estructural (Lévi-Strauss) y el cambio de enfoque hacia la “diferencia” como principio metodológico que supera al funcionalismo en boga. El método deductivo en el análisis del relato (Barthes) es otra irradiación de este gran movimiento europeo que se enclava en la primera mitad del siglo XX. En la filosofía del lenguaje, Foucault propone otro modo de tratar los significados que, por medio del análisis estructural, mantenga la adecuación original de significante y significado. También se tratará la propuesta “desconstruccionista” de Derrida, es decir, la destrucción del lenguaje y su recomposición metafísica a partir de la gramatología. Y finalmente, cómo la desconstrucción afecta la crítica en los estudios literarios hoy día, especialmente en los Estados Unidos de América (Culler y Johnson).

Palabras clave: Estructura, antropología estructural, análisis del relato, diferencia, desconstrucción.

Influences du Structuralisme Français sur l'Analyse du Discours

Résumé

Cette analyse situe les origines du terme structure dans la linguistique (Saussure, le Cercle Linguistique de Prague et Hjelmslev) pour signaler ensuite les apports de Vladimir Propp à l'anthropologie structurale (Lévy Strauss) et le changement d'approche vers la « différence » en tant que principe méthodologique qui dépasse le fonctionnalisme en vogue. La méthode déductive dans l'analyse du récit (Barthes) constitue une autre projection de ce grand mouvement européen qui s'installe pendant la première moitié du XXe siècle. Dans la philosophie du langage, Foucault propose une autre façon pour le traitement des signifiés, laquelle, à travers l'analyse structurelle, conserve l'adéquation originale de signifiant et signifié. La proposition de la « déconstruction » de Derrida sera aussi analysée, c'est-à-dire, la destruction du langage et sa recomposition métaphysique à partir de la grammatologie. Finalement, on abordera la façon dont la déconstruction influence la critique dans les études littéraires aujourd'hui, notamment dans les États-Unis d'Amérique (Culley et Johnson).

Mots-clés: Structure, anthropologie structurale, analyse du récit, différence, déconstruction.

Influences of French Structuralism on Discourse Analysis

Abstract

This analysis places the origins of the term structure in the domain of linguistics (Saussure, the Prague Linguistics Circle, and Hjelmslev). It also refers to Vladimir Propp's contribution to structural anthropology (Levi-Strauss) and the change of approach towards the concept of "difference" as a methodological principle which exceeds the popular functionalism. The deductive method in the analysis of tales (Barthes) is another way of irradiation of that great European movement of the middle of the XX century. In the philosophy of language Foucault proposes another way of dealing with meanings, which maintains the original adaptation of signified and signifier based on the structural analysis. Derrida's deconstructionist theory will be discussed, that is, the deconstruction of language and its metaphysical recomposition from the stand-

point of grammatology. Lastly this study will deal with the way deconstruction affects literary studies today, especially in the United States (Culler and Johnson).

Key words: Structure, structural anthropology, analysis of the tale, difference, deconstruction.

Introducción

Este artículo pretende hacer un recorrido histórico por algunas de las líneas maestras del pensamiento moderno occidental, específicamente por lo que se conoció como *la corriente estructuralista francesa*, para desembocar en sus aportes al análisis del discurso hoy día; más concretamente, su influencia en los estudios literarios en los Estados Unidos de Norteamérica.

Para ello, inicio el análisis con una reseña histórica acerca del origen de la noción de *estructura*. Ésta podría ubicarse en la lingüística de principios del siglo XX, con Ferdinand de Saussure en su muy conocida obra *Cours de linguistique générale*, obra ésta decisiva para los posteriores estudios lingüísticos y de disciplinas tan variadas como la semiología, la antropología, la sociología, etcétera. Debo advertir que Saussure nunca utilizó expresamente el término *estructura* en su teoría; pero sí, en cambio, *sistema*, para describir la naturaleza de la lengua.

En un primer momento, situaré la noción de *estructura* en el año 1929, fecha cuando se celebró el Primer Congreso de los Filólogos Eslavos. Las tesis allí expuestas inauguraron lo que se conoció como el *Círculo Lingüístico de Praga*. Fue en ese momento cuando realmente el término *estructura* apareció como un método propio para permitir descubrir las leyes de estructura de los sistemas lingüísticos y de su evolución (Benveniste, 1974: 94).

En un segundo momento, me referiré a la influencia del erudito ruso Vladimir Propp (1895-1970), con su importante obra *Morfología del Cuento* (publicada en ruso en 1928); y su impacto en la Antropología Estructural del francés Claude Lévi-Strauss. Propp, quien estudió y desarrolló su teoría de los cuentos maravillosos, encontró una serie de puntos recurrentes que creaban una estructura constante en todas las narraciones. Es lo que se conoce como “las funciones de Propp”. La hipótesis central del formalista ruso la podemos resumir así: considerada desde el punto de vista de la estructura, todos los cuentos de hadas se reducen a un solo tipo.

En un tercer momento, haré referencia al método deductivo aplicado al análisis del relato, inaugurado por el semiólogo francés Roland Barthes (1915-1980), quien ante la pregunta: ¿dónde buscar la estructura de un relato?, respondió: “En el relato mismo”. Ahora bien, si la lingüística no ha podido dar cuenta de unas tres mil lenguas de manera inductiva, ¿qué decir entonces del análisis narrativo, enfrentado a millones de relatos? Para ello Barthes (1972) recomendó una aproximación deduc-

tiva al análisis. El analista se ve obligado a concebir primero un modelo hipotético de descripción para luego descender poco a poco hasta las especies que a la vez participan y se separan de él. El autor de *El Placer del Texto* enfatizó así en la búsqueda de la pluralidad de los relatos, su diversidad histórica, geográfica, cultural.

En un cuarto momento, haré uso de los conceptos de *enunciado* y *formaciones discursivas* de Michel Foucault (1926-1984), para luego referirme a uno de los pensadores franceses más fecundos e influyentes de las últimas décadas: Jacques Derrida y su teoría bautizada –sin su consentimiento, como él lo dijo en numerosas entrevistas– con el nombre de *deconstrucción*.

Finalmente, me referiré a la influencia de la deconstrucción derrideana en los estudios literarios norteamericanos. Para ello me apoyaré en un estudio sobre el tema de los críticos literarios Jonathan Culler y Barbara Johnson. Según Culler, profesor de inglés y literatura comparada de la Universidad de Harvard, la “deconstrucción” afecta a la crítica de tres maneras: la primera, como una fuente de temas; la segunda, como un ejemplo de estrategias de lectura; y la tercera, a través de su impacto en los conceptos críticos. Aunque Derrida cuando habla de deconstrucción se refiere a los conceptos y preceptos de la filosofía occidental, Culler lleva esta noción al campo del análisis del discurso, y más específicamente a los estudios literarios, en donde consigue ideas útiles y enriquecedoras para la crítica literaria. Para él y para Barbara Johnson la deconstrucción es una estrategia de lectura que sigue cuidadosamente tanto los significados como las suspensiones y desplazamientos del significado en un texto. Es un cuidadoso desgarramiento de las fuerzas de significación antagónicas que están en acción en el texto mismo; sin pretender la dominación de una lectura sobre otra.

1. Orígenes del término “estructura” en Lingüística

Según nos informa Émile Benveniste (1974:91) el principio de la *estructura* como objeto de estudio fue enunciado, poco antes de 1930, por un grupo restringido de lingüistas que se proponían reaccionar así en contra de la concepción exclusivamente histórica de la lengua, contra una lingüística que disociaba la lengua en elementos aislados y se ocupaba de seguir las transformaciones de éstos. Existe consenso en considerar que la génesis de este movimiento estuvo en la enseñanza de Ferdinand de Saussure en Ginebra, tal como fue recogida por sus discípulos y publicada con el título de *Cours de linguistique générale*. Saussure ha sido llamado, con razón, el precursor del estructuralismo moderno.

Nos dice Benveniste (1974) que importa señalar que Saussure jamás empleó, en ningún sentido, la palabra *estructura*. A sus ojos, la noción esencial es la de *sistema*. La novedad de su doctrina residió en esa idea, rica en implicaciones que hizo falta mucho tiempo para discernir y desarrollar: que la lengua forma un sistema. Dice Saussure (1977: 70) al respecto: “la lengua es un sistema que no co-

noce más que su orden propio y peculiar”. En otro lugar leemos: “la lengua es un sistema de signos arbitrarios” (Ibidem:130). Y sobre todo, el erudito ginebrino enunció la primacía del sistema sobre los elementos que lo componen: “cuán ilusorio es considerar un término sencillamente como la unión de cierto sonido con cierto concepto. Definirlo así sería aislarlo del sistema de que forma parte; sería creer que se puede comenzar por los términos y construir el sistema haciendo la suma, mientras que, por el contrario, hay que partir de la totalidad solidaria para obtener por análisis los elementos que encierra” (Op.cit.:193-194). Esta última frase contiene en germen todo lo que es esencial en la concepción “estructural”. Pero, como insiste Benveniste, Saussure seguía refiriéndose a *sistema*.

Fue en el año de 1929, en el Primer Congreso de los Filólogos Eslavos, cuando las tesis allí expuestas inauguraron lo que se conoció como el Círculo Lingüístico de Praga¹. En ese momento, fue cuando realmente el término *estructura* apareció como un “método propio para permitir descubrir las leyes de estructura de los sistemas lingüísticos y de la evolución de éstos” (Benveniste, 1974: 94). De esta manera, la noción de *estructura* está ligada estrechamente a la de *relación* en el interior del sistema. Para los representantes del Círculo Lingüístico de Praga, el contenido sensorial de los elementos fonológicos es menos esencial que las relaciones existentes entre sus fonemas. Estos principios son aplicables a todas las partes de la lengua.

Más adelante, en 1944, Louis Hjelmslev define de nuevo el dominio de la lingüística estructural como un conjunto de investigaciones sustentadas por una hipótesis según la cual es científicamente legítimo describir el lenguaje como, esencialmente, una entidad autónoma de dependencias internas, o, en una palabra, una estructura. El su objeto a una red de dependencias, considerando los hechos lingüísticos en razón el uno del otro (Op.cit.: 97).

Tales fueron, según Benveniste, los comienzos de *estructura* y *estructural* como términos técnicos.

Hoy día, el propio desenvolvimiento de los estudios lingüísticos tiende a escindir el *estructuralismo* en interpretaciones tan diversas, que uno de quienes se dicen seguidores de dicha doctrina no vacila en escribir que bajo el rótulo común y engañoso de *estructuralismo* aparecen escuelas de inspiración y tendencias tan divergentes que se hace difícil su adscripción a un autor u obra determinada.

A pesar de esta dificultad, veremos a continuación cómo se introduce esta corriente en áreas como la antropología y el análisis del relato.

2. Aportes de Vladimir Propp a la Antropología Estructural

Claude Lévi-Strauss reconoció en varios lugares (1969/1976) su inmensa deuda con el formalista ruso Vladimir Propp y su obra seminal *Morfología del*

cuento. De la totalidad que abarca el género de los cuentos, Propp estudió y desarrolló su teoría de los cuentos maravillosos. Él encontró una serie de puntos recurrentes que creaban una estructura constante en todas las narraciones. Es lo que se conoce como “las funciones de Propp”. La hipótesis central del formalista ruso la podemos resumir así: considerada desde el punto de vista de la estructura, todos los cuentos de hadas se reducen a un solo tipo.

Por *función* Propp (1977: 33) entiende “la acción de un personaje definida desde el punto de vista de su significación en el desarrollo de la intriga”. Y continúa: “los elementos constantes, permanentes del cuento son las funciones de los personajes, sean cuales fueran estos personajes y sea cual sea la manera en que cumplen esas funciones”. Así las funciones son las partes constitutivas fundamentales del cuento.

La hipótesis central de Propp era que considerados desde el punto de vista de la estructura, todos los cuentos de hadas se reducen a un solo tipo. Es por ello, como señalé anteriormente, que el autor referido habla de funciones (fraude, traición, lucha, contrato, seducción, etc.). Él hizo un inventario y reconoció treinta y una en total. Estas treinta y una funciones a las que se reducen los cuentos de hadas, según Propp, están sustentadas por cierto número de personajes que él reduce a siete: agresor, donante, auxiliar, princesa (o personaje buscado), mandatario, héroe y falso héroe.

Reducido a una fórmula abstracta, podríamos decir que el cuento de hadas es definible como una sucesión de acciones cuyo punto de partida es una agresión y el punto de llegada un matrimonio, una recompensa, una liberación o un alivio, realizándose la transición por una serie de funciones intermedias.

De esta manera el cuento de hadas no es otra cosa que un relato, que explicita funciones cuyo número es limitado y cuyo orden de sucesión es constante.

Es importante hacer notar que Propp se dio cuenta muy bien de la naturaleza del cuento popular, el cual es propio de una sociedad campesina, poco tocada por la “civilización”. Toda suerte de influencias exteriores, decía, alteran el cuento popular y llegan incluso a disgregarlo. En tal caso, según el formalista ruso, es imposible dar razón de todos los detalles. A actos idénticos se adscriben significaciones diferentes, en inversamente: sólo se puede decidir acerca de esto ubicando el acontecimiento entre los demás, es decir, situándolo en relación con sus antecedentes y consecuentes, lo que supone que el orden de sucesión de las funciones es –como ya lo hemos dicho– constante, según el autor ruso; con la reserva de que existe la posibilidad de ciertos desplazamientos, que constituyen, sin embargo, fenómenos secundarios: es la excepción a una norma que siempre debe poder restituirse. Se admite, asimismo, que cada cuento, considerado individualmente, nunca pone de manifiesto la totalidad de las funciones enumeradas, sino sólo algunas, sin que se modifiquen el orden de sucesión. El sistema total de las funciones, cuya realiza-

ción empírica posiblemente no exista, parece pues ofrecer, en el pensamiento de Propp, el carácter de lo que se llamó en la antropología estructuralista “meta-estructura”.

Lévi-Strauss (1969), cobijado en la morfología del cuento de Propp, afirma que mito y cuento explotan una sustancia común, pero cada uno a su manera. Su relación no es de anterior o posterior, de primitivo a derivado. Es más bien una relación de complementariedad. Los cuentos son mitos en miniatura, señala el antropólogo francés, donde las mismas oposiciones están traspuestas a escala reducida, y esto es ante todo lo que los hace difíciles de estudiar.

3. Funcionalismo y Estructuralismo en Antropología²

La antropología de mediados del siglo XX aspiraba al conocimiento científico, no a través de la descripción de la diversidad de las culturas, sino más bien mediante una base para su comparación. En este sentido, Lévi-Strauss (1976: XII) se preguntó: ¿Qué hay, pues, de común entre varios miles de sociedades? ¿En qué sentido pueden ser abarcadas por el concepto de humanidad? Estos interrogantes –formulados aquí en términos muy simplificados– encierran uno de los problemas claves de la antropología, en la medida en que ésta aspira a elaborar proposiciones generales aplicables a culturas muy distintas, es decir, aspira a ser una Ciencia de la Sociedad en general.

Esta corriente se preocupó –entre otras cosas– por la búsqueda de los componentes universales de la cultura. Para la elaboración de su teoría de la cultura, el funcionalismo trató de ir formulando una lista de “problemas funcionales” comunes a toda sociedad, de modo tal que la diversidad de costumbre, hábitos y pautas aparece como ocultando siempre los mismos problemas.

Pero la antropología estructural propuesta por Lévi-Strauss se aparta de esta concepción, pues mientras que el funcionalismo parte de la diversidad y está dominado por la preocupación de hallar, tras la diversidad, ciertos contenidos universales idénticos en todas las culturas, la antropología estructural parte de la afirmación de una identidad (puramente formal) en el plano de los instrumentos mentales que el hombre pone en juego en toda vida social, y por lo tanto está dominado por el afán de describir las diferencias entre los contenidos a que esos instrumentos se aplican.

De esta manera se establecen para el antropólogo francés los fundamentos de la comparación entre culturas y al mismo tiempo la necesidad ineludible de estudiar minuciosamente las diferencias.

La antropología queda así definida como el estudio de la diversidad de las obras humanas a partir de la afirmación de la identidad de las operaciones. Es decir que toma el modelo, las categorías de estructura (la influencia de Propp y Saussure

que hemos mencionado anteriormente) de manera, yo diría, instrumentalista para dar cuenta no sólo de las constantes entre distintas culturas, sino de sus diferencias.

Pudiéramos inferir entonces que lo que aparta a la antropología estructural del funcionalismo es el fin que persigue: la primera enfatiza las diferencias entre culturas, mientras que el segundo sus constantes, sus parecidos.

En *Tristes Tropiques* (1963), Lévi-Strauss recoge un trabajo de campo en el cual nos proporciona el relato cotidiano de su contacto con sociedades “extrañas” y de la resonancia de esa experiencia en el ámbito personal del autor, ámbito delimitado por la internalización de una cultura radicalmente diferente.

Su principio metodológico se puede resumir así: sólo se conoce por la diferencia. Como vimos, ya Saussure había aplicado este principio a la definición misma de signo: cada unidad constitutiva de un sistema de comunicación no tiene otra ley de existencia que su diferencia con respecto a los demás signos del sistema. El trabajo de campo en antropología actualiza, en cierto sentido, este principio. El etnólogo es como un lector que debe descifrar un complejo mensaje que se hace presente en su experiencia, y la cultura extraña es ese mensaje que trasmite, por diferencia, una variante más del tema “humanidad”.

En esta perspectiva los fenómenos sociales se definen, pues, como lenguaje: las conductas, las instituciones, las tradiciones, los ritos, etc. son mensajes que yo puedo decodificar. Cuando se trata de mi propia sociedad esta decodificación es automática e inconsciente y la cultura constituye entonces mi “experiencia vivida”. Cuanto más extraña es la cultura que observo, tanto más contrastante resulta la experiencia del mundo social. Lo importante de esta perspectiva, pienso, es que abarca no sólo al objeto de estudio sino también al observador (la conciencia de su posición ante el objeto).

En este punto es donde cobra toda su importancia el principio de la “identidad del hombre y la diversidad de las obras”. Para poder descifrar “desde” una cierta variante cultural los mensajes de otra variante es necesario contar con las reglas de transformación que permiten pasar de un código a otro. La existencia de este metacódigo es una condición de posibilidad del conocimiento antropológico, y en última instancia consistiría en el repertorio finito de operaciones formales que expresa las leyes “mentales” de la especie.

4. El Método Deductivo de Roland Barthes³

Roland Barthes (1972:10), uno de los semiólogos más relevantes de la segunda mitad del siglo XX, se preguntó en un trabajo sobre el análisis del relato: ¿dónde buscar la estructura del relato? Y respondió: en los relatos, sin duda. Y, entonces, de nuevo se preguntó: ¿en *todos* los relatos? Y continuó: “muchos comentaristas, que admiten la idea de una estructura narrativa, no pueden empero resig-

narse a derivar el análisis literario del modelo de las ciencias experimentales: exigen intrépidamente que se aplique a la narrativa un método puramente inductivo y que se comience por estudiar todos los relatos de un género, de una época, de una sociedad, para pasar luego al esbozo de un modelo general”.

Para el semiólogo francés esta perspectiva es utópica. La lingüística misma, que sólo abarca unas tres mil lenguas, no logra hacerlo. De allí que prudentemente el análisis se ha hecho deductivo y es, por lo demás, a partir de ese momento que se ha constituido verdaderamente y ha progresado a pasos agigantados, llegando incluso a prever hechos que aún no habían sido descubiertos. ¿Qué decir entonces del análisis narrativo, enfrentado a millones de relatos?, se pregunta Barthes (1972:11). Por fuerza, dice, está condenado a un proceso deductivo; se ve obligado a concebir primero un modelo hipotético de descripción (que los lingüistas americanos llaman *teoría*) y descender luego poco a poco, a partir de este modelo, hasta las especies que a la vez participan y se separan de él: es sólo en el ámbito de estas conformidades y de estas desviaciones que recuperará, mediante un instrumento único de descripción, la pluralidad de los relatos, su diversidad histórica, geográfica, cultural.

Para Barthes (1972:15), el relato es una jerarquía de instancias y propone distinguir en la obra narrativa tres niveles de descripción: el nivel de las *funciones* (en el sentido que esta palabra tiene en Propp y en Bremond), el nivel de las *acciones* (en el sentido que esta palabra tiene en Greimas cuando habla de los personajes como actantes) y el nivel de la *narración* (que es, grosso modo, el nivel del discurso en Todorov). Barthes nos recuerda que estos tres niveles están ligados entre sí según una integración progresiva: una función sólo tiene sentido si se ubica en la acción general de un actante; y esta acción misma recibe su sentido último del hecho de que es narrada, confiada a un discurso que es su propio código.

Debo destacar que el Barthes de la *Introducción al análisis estructural de los relatos* (1966)⁴ se va alejando cada vez más de posiciones ortodoxas a la hora de abordar un texto, especialmente literario. En un artículo cuyo nombre da origen al libro: *¿Por dónde empezar?*⁵, Barthes (1974:59) dice:

Imagino a un estudiante que quiere emprender el análisis estructural de una obra literaria. Imagino a este estudiante lo suficientemente informado como para no extrañarse de los diversos tipos de aproximación que, a veces indebidamente, se reúnen bajo el nombre de estructuralismo; lo suficientemente sensato como para saber que en **el análisis estructural no existe un método canónico**, comparable al de la sociología o de la filología, de forma que aplicándolo automáticamente a un texto haga surgir su estructura; lo suficientemente animoso como para prever y soportar los errores, las averías, las decepciones, los desalientos (“¿para qué?”) que no dejará de suscitar el viaje analítico; lo suficientemente libre como para atreverse a explotar lo que en él pueda haber de sensibilidad estructural, de intuición de los sentidos múltiples; lo suficien-

temente dialéctico, por fin, como para persuadirse del todo de que no se trata de obtener una “explicación” del texto, un “resultado positivo” (un significado último que sería la verdad de la obra o su determinación), sino que se trata, a la inversa, de entrar, por el análisis (o de lo que se parece a un análisis), en el juego del significante, en la escritura: en una palabra, **realizar, con su trabajo, el plural del texto** (el destacado es mío).

Con ello Barthes inauguró lo que en la semiología de la década del 70 se conoció como *la pluralidad del sentido* de un texto, cuyo movimiento hace estallar el texto, no para evitar dar con la “verdad del texto”, utopía cientificista e infértil, sino para enfatizar su riqueza semántica. El Texto plural, dice este autor “no solamente quiere decir que tiene varios sentidos, sino que realiza el plural mismo del sentido: un plural *irreductible*”. Y concluye: “El Texto no es coexistencia de sentidos, sin paso, sin travesía: no puede, pues depender de una interpretación, incluso liberal, sino de una explosión, de una diseminación” (Barthes, 1974: 75).⁶

5. La Crítica Postestructuralista

Jonathan Culler (1988:33) sostiene que el término *postestructuralismo* no es útil, pues traza líneas que no dejan ver algunas relaciones importantes y reúne en un mismo saco a críticos con enfoques y presupuestos completamente diferentes (entre los más destacados se encuentran: Barthes, Foucault, Derrida, Deleuze, Lacan, Genette, Serres, etcétera.). Pero, a falta de un término más feliz (lo mismo pasa con el término tan difundido y deformado de *postmodernismo*) utilizaremos el prefijo *post* para designar aquellas líneas que partieron del estructuralismo para luego avanzar hacia posiciones más heterodoxas en los análisis del discurso, de las sociedades actuales y lejanas, del inconsciente, de los sistemas de pensamiento, etcétera.

6. Michel Foucault: ... Pues Yo soy “X”

El pensamiento de Michel Foucault se caracteriza por un vasto proyecto: crear un espacio propio para la arqueología de las ciencias humanas. Y esto no sin osadía: ellas deben despertar de su sueño dogmático, comprender que el hombre es una invención reciente, no el tema más antiguo de la reflexión: sólo una emergencia pasajera que borrará, quizás, una nueva configuración del saber. Sus sarcasmos al humanismo, su cuestionamiento permanente de la reflexión histórica suscitaron apasionadas réplicas y contrarréplicas: Sartre, por ejemplo, veía en Foucault el designio de una nueva ideología antimarxista.

Lo cierto es que se trata de un personaje difícil de asir. Sus textos van desde una correspondencia con Magritte (*Ceci n'est pas une pipe*), hasta un debate con los “maos”. Su erudición alcanza terrenos insospechados, por ejemplo, cuando se

refiere al libro de Aldrovandi, *Monstrorum historia*, de 1647, para hablar de la semejanza que domina el saber del renacimiento, o el libro de La Salle, *Conduite des écoles chrétiennes*, de 1828, para comentar la introducción de la disciplina en las escuelas en el siglo XVIII. Dice Maite Larrauri (1980: 12): “su ubicación dentro de los *ismos* al uso (marxismo, positivismo, estructuralismo) le tiene sin cuidado: son numerosos los sitios en los que Foucault hace un razonamiento más o menos así: esto es lo que yo hago, y si a esto se le llama “x” (cualquiera de las etiquetas), pues yo soy “x”. Incita a que lo que escribe sea utilizado, repetido, deformado, como él mismo dice hacer con las gentes que le gustan.

Ante tan vasto pensamiento, sucintamente dibujado, quisiera referirme a lo que yo considero es la huella que dejó la tradición lingüístico-estructuralista en Foucault y cómo él la utiliza para la tarea que se propuso en sus diversos y estimulantes escritos.

Para Foucault (1966: 42) “la historia de las ideas no conocía sino dos métodos. El uno estético, era el de la analogía, de una analogía cuyas vías de difusión se seguían en el tiempo (génesis, filiaciones, parentescos, influencias), o en la superficie de una región histórica determinada (el espíritu de una época, su *Weltanschauung*, sus categorías fundamentales, la organización de su mundo sociocultural). El otro, psicológico, era el de la negación de los contenidos (tal siglo no fue tan racionalista o irracionalista como pretendía y como se ha creído), por el que se inicia y se desarrolla una especie de ‘psicoanálisis’ de los pensamientos cuyo término es de pleno derecho reversible, siendo el núcleo del núcleo siempre su contrario”. Con ello, él propone otro modo de tratar los significados que, por medio del análisis estructural, mantenga la adecuación original de significante y significado. De este modo, los elementos semánticos no serían vistos como núcleos autónomos de múltiples significaciones, sino como segmentos funcionales que forman gradualmente un sistema.

Sazbón (1981: 49) nos hace ver que a Foucault no le interesan las relaciones entre los significados y los hombres individuales y concretos que los manejan; su mirada se sitúa más allá de esta interrelación totalizadora. Lo que busca es saber cómo puede desplegarse un discurso, bajo qué *condiciones de funcionamiento* es posible diseñar esas grandes configuraciones de lenguaje que constituyen la atmósfera de sentido de una comunidad particular.

Este análisis estructural abarcará, entonces, de preferencia, ese margen encubierto que bordea la conciencia –histórica, situada– de un lenguaje que en ese mismo momento la trasciende: “lo que cuenta en los pensamientos de los hombres no es tanto lo que han pensado, sino lo *no pensado*, que desde el comienzo del juego los sistematiza, haciéndolos para el resto del tiempo indefinidamente accesibles al lenguaje y abiertos a la tarea de pensarlos de nuevo” (Foucault, 1966: 15).

El autor de la *Arqueología del Saber* entiende el enunciado como “la unidad mínima de análisis” (1979: 131-145). Se trata de comprender esa función enunciativa sin adscribirla a priori a un género, a una forma determinada.

Mientras que el análisis de la lengua se pregunta por las reglas de construcción de un enunciado, entendiendo que ellas pueden dar cuenta de otros enunciados semejantes, la descripción de los acontecimientos discursivos planteada por Foucault, se plantea otro problema muy distinto, a saber, por qué apareció tal enunciado y ningún otro.

Él entiende que este tipo de descripción se opone a la historia del pensamiento que se interesa por detectar, más allá de los enunciados, la intención del sujeto hablante, su actividad consciente, o, de otro modo, un juego inconsciente pero reconstruible. El análisis del campo discursivo, en cambio, está orientado en el sentido de captar el enunciado en la singularidad de su emergencia, pero para ello debe determinar las condiciones que lo hicieron existir, y sobre todo sus correlaciones con otros enunciados vinculados con él. De este modo van surgiendo en el estudio de Foucault los conceptos complejos de “formación discursiva”⁷, “reglas de formación”, “sistema de formación”, “función enunciativa”, etc., que, creados con el fin de apoyar la empresa arqueológica, intentan dar cuenta de esas positivities que la historia “tradicional” de las ideas era incapaz de explicar, porque no las veía, es decir, *porque no las constituía* (Sazbón, 1981: 85).

7. Jacques Derrida y la Deconstrucción

Del grupo de investigadores englobados en lo que se ha llamado el postestructuralismo (ya vimos a Barthes y a Foucault), quisiera referirme al filósofo francés Jacques Derrida y su propuesta teórica que él llamó en algún lugar *deconstrucción* y que se ha difundido y generalizado bajo esta denominación.

Heidegger, uno de los mayores ascendentes de Derrida junto con F. Nietzsche, habló de la misión de la filosofía como una destrucción (*Destruktion*) de la metafísica heredada de los griegos. En el caso de Derrida, él no propone una destrucción sino más bien una *deconstrucción*, pues no podemos salir de la metafísica para destruirla, porque todas nuestras herramientas discursivas están involucradas en ella, dependen de ella para obtener su fuerza. Lo que podemos hacer es trabajar para *deshacerla*, para mostrar que es una *construcción*, y no natural e inevitable, para mostrar eso en un trabajo de deconstrucción que tendrá efectos en ella. “*Deconstituir* la filosofía sería así pensar la genealogía estructurada a sus conceptos de la manera más fiel, más interior, pero al mismo tiempo desde un cierto exterior incalificable por ella, innombrable, determinar lo que esta historia ha podido disimular o prohibir, haciéndose historia por esta represión interesada en alguna parte” (Derrida, 1977: 55).

Hay algunos aspectos de este proyecto que debemos subrayar: ⁸

Desconstrucción significa, sobre todo, la desconstrucción de las oposiciones jerárquicas que gobiernan y hacen posible nuestro pensamiento. Aquí está Derrida (1977: 55) describiendo “una estrategia general de desconstrucción” en su muy útil libro *Posiciones*:

En una oposición filosófica tradicional no tenemos una coexistencia pacífica de términos opuestos, sino una violenta jerarquía. Uno de los términos domina al otro (axiológicamente, lógicamente, etc.) ocupa una posición dominante. Desconstruir la oposición es, ante todo, en un momento particular, invertir la jerarquía.

Oposiciones tales como significado/forma, alma/cuerpo, dentro/fuera, intuición/expresión, literal/metafórico, naturaleza/cultura, positivo/negativo, trascendental/empírico, pueden parecer simétricas, pero funcionan como jerarquías: el primer término (digamos literal) es tratado como anterior y el segundo es concebido con respecto a él, como una complicación, una negación, una manifestación o una separación del primero.

Los analistas se concentran inevitablemente en lo que ven como el caso original, simple, estándar, puro, normal, para, entonces, concebir la derivación, la complicación, la deterioración, el accidente, etc. Todos los metafísicos, escribe Derrida⁹, han procedido así, desde Platón hasta Rousseau, desde Descartes hasta Husserl: el bien antes del mal, lo positivo antes de lo negativo, lo puro antes de lo impuro, lo simple antes de lo complejo, lo esencial antes de lo accidental, lo imitado antes de la imitación, etc. Esto no es solamente un gesto metafísico entre otros: es la exigencia metafísica, el procedimiento más constante, profundo y potente.

Desconstruir esas oposiciones semánticas es revelar su condición de construcciones-imposiciones, cuyo carácter de imposiciones puede ser mostrado mediante los discursos mismos que confían en ellas. Desconstruir la oposición, como dice Derrida en el pasaje que cité anteriormente, es, sobre todo, invertir la oposición –para mostrar, por ejemplo, que una teoría que trate lo literal como anterior y lo metafórico como secundario y derivado, en realidad, está caracterizando lo metafórico en términos que también se aplican a lo literal, haciendo más bien de lo literal una variante de lo metafórico que de lo metafórico una variante de lo literal.¹⁰

Lo segundo que se ha de subrayar es que la desconstrucción se basa en una lectura de textos –en el caso de Derrida, los textos de tradición filosófica– que muestra cómo ellos subvierten las posiciones jerárquicas que ellos promueven y en las que descansan.

8. Influencia de J. Derrida J. en los Estudios Literarios Norteamericanos

Ahora bien, el crítico literario norteamericano Jonathan Culler (1988: 41) se pregunta: ¿Por qué se ha pensado que esto es pertinente para la crítica literaria en los Estados Unidos? Y responde:

1. Las Lecturas que de los textos filosóficos realiza Derrida están atentas a una lógica textual de una especie que generalmente se considera literaria: la fuerza constitutiva de las metáforas, la relación entre aspectos preformativos y constataivos de un discurso (lo que un texto dice y lo que hace). Sus obras proporcionan poderosos modelos de una especie literaria de análisis, realizado en obras mayores que niegan todo lo que no sea una dependencia instrumental respecto del lenguaje.

2. El análisis y la crítica del “logocentrismo” del pensamiento occidental, como lo llama Derrida, de la suposición de un orden de significado –Verdad, Razón, Lógica, el Mundo– concebido como existente en sí mismo, como fundamento, han cautivado el entusiasmo de muchos críticos, porque, en un mismo nivel, literatura y estudios literarios han sido víctimas del logocentrismo, que se presenta en la noción de literatura como experiencia mediada, en contraste con la presencia de las cosas mismas. Ciertamente no es sorprendente que los estudiosos de la literatura se interesen en una escritura que impugna, vuelca e incluso invierte esas oposiciones jerárquicas (Culler, 1988: 42).

Aunque Derrida al hablar de desconstrucción se refiere a los textos de tradición filosófica en Occidente, esta concepción ha influido grandemente en los estudios literarios, especialmente en los Estados Unidos, tal como lo refiere Jonathan Culler. Según el crítico norteamericano (1988: 42), la desconstrucción afecta a la crítica de tres maneras: primero, como una fuente de temas; segundo, como un ejemplo de estrategias de lectura; y, tercero, a través de su impacto en los conceptos críticos.

Como un modelo de estrategias de lectura, la desconstrucción estimula la atención a los conflictos significantes dentro de los textos: entre aserción e ilustración o dentro de lo que un texto dice o hace.

Para Barbara Jonson (citada por Culler, 1988: 42), la desconstrucción a veces ha sido vista como una creencia terrorista en la carencia de significado. Comúnmente, se la opone al humanismo, que es entonces una creencia imperialista en la llenura de significados. Otro modo de distinguir entre los dos es decir que la desconstrucción es una estrategia de lectura que sigue cuidadosamente tanto los significados como las suspensiones y desplazamientos del significado en un texto, mientras que el humanismo es una estrategia para detener la lectura cuando el texto deja de decir lo que debiera haber dicho. La desconstrucción no es una forma de

vandalismo textual o escepticismo generalizado ideada para probar que el significado es imposible. Es un cuidadoso desgarramiento de las fuerzas de significación antagónicas que están en acción dentro del texto mismo. Si algo se destruye en una lectura deconstructiva, no es el significado *per se*, sino la pretensión a la dominación inequívoca de un modo de significar sobre otro.

Si retomamos de nuevo las oposiciones antes señaladas (literal/figurativo, serio/no serio, original/imitativo, filosofía/literatura, etcétera), en cada caso la deconstrucción provoca una reconsideración de la relación entre los dos términos y revela una estructura compleja que admite una inversión —lo literal como un caso especial de figura, por ejemplo—. El resultado es que esos conceptos críticos no son ya herramientas que puedan darse por supuestas y emplearlas sin más. Tenemos que trabajar sobre ellas, dice Culler (Op.cit.: 43), averiguando cómo las afecta el discurso que se analiza. Esta es una de las razones por las cuales la crítica postestructuralista es tan teórica. No hay ningún metalenguaje seguro o estable fuera de los procesos que se analizan.

Si hay alguna constante en la crítica postestructuralista, concluye el crítico norteamericano, sería ésta. Ella nos da una crítica de gran complejidad pero ninguna seguridad, sin ningún descanso ni, mucho menos, fundamentos, más bien una empresa teórica en marcha que introduce en los estudios literarios las disciplinas importantes de nuestro tiempo (filosofía, psicología, historiografía, etcétera) mientras cuestiona su disciplinariedad. En resumen, el postestructuralismo, que puede parecer especializado y hasta perverso, es la actividad intelectual central de lo que los franceses llaman *les sciences humaines*, el espacio en que los discursos de hoy son cuestionados en una interacción progresiva.

Conclusiones

Como pudimos dibujar en este recorrido histórico desde el origen mismo de la noción de *estructura*, su influencia en la lingüística (disciplina de la cual partió), la antropología, el análisis del relato, y los estudios filosóficos y literarios en el siglo XX (y aún hoy) es evidente.

Cuando nos referimos a autores agrupados bajo la etiqueta de *postestructuralismo*, ese *post* se refiere, como señalamos en el desarrollo del trabajo, precisamente a aquellas líneas que partieron del estructuralismo para luego avanzar hacia posiciones más heterodoxas en los análisis del discurso, de las sociedades actuales y lejanas, del inconsciente, de los sistemas de pensamiento, la moda, los mitos, etcétera. Para decirlo con Van Dijk (2000:53): “el estructuralismo aportó un marco más amplio para el estudio de la narrativa, los mitos, la literatura, las películas cinematográficas y otras prácticas semióticas, primero en Francia y luego en otros países... enfoques (que) tuvieron una gran influencia sobre los análisis estructuralistas de ámbitos que iban más allá de los textos literarios o historias...”.

Sería un error mayúsculo agrupar pensadores tan disímiles y fecundos como Saussure, Lévi-Strauss, Barthes, Foucault y Derrida en un mismo saco y tratar de encontrar sus similitudes para enarbolar la bandera del funcionalismo de mitad del siglo pasado, que tanto daño causó a las ciencias sociales. Recordemos que la preocupación del funcionalismo estuvo dominada por hallar, tras la diversidad, ciertos contenidos universales idénticos en todas las culturas. No debemos entonces caer en esa trampa reduccionista.

Lo que me propuse más bien fue, una vez ubicado el origen de las nociones de *sistema*, *estructura*, *función* y *relación*, trazar algunos lazos que permitieran ver cómo propuestas teóricas tan variadas que van desde la lingüística, hasta la antropología y el análisis del discurso, mostraran sus contactos e influencias. Conceptos como *sistema* en Saussure y *estructura* en la lingüística postsaussureana, vinieron a desembocar en una noción que todavía en estos momentos anima buena parte de la crítica literaria y los estudios del discurso: *la diferencia*. La vio Lévi-Strauss en la antropología que él mismo llamó *estructural* y advirtió sus bondades para su proyecto antropológico; pero también Roland Barthes, en el análisis deductivo y plural de los relatos; Michel Foucault, en las formaciones discursivas y su arqueología del saber; Jacques Derrida, en su propuesta desconstruccionista del lenguaje. Derivaciones estas que han hecho en los estudios literarios norteamericanos una verdadera estrategia de lectura, al seguir tanto los significados como sus suspensiones y desplazamientos en el texto. Dicha estrategia nos da una crítica de gran complejidad pero ninguna seguridad, sin ningún descanso ni, mucho menos, fundamentos, más bien una empresa teórica en marcha que introduce en los estudios literarios las disciplinas importantes de nuestro tiempo (filosofía, psicología, historiografía, etcétera) mientras cuestiona su disciplinariedad (Culler), pero, sobre todo, nos aleja de la dominación de un significado sobre otro, de una lectura sobre otra. He allí la gran contribución de esta corriente y he allí el impulso de esta propuesta teórica en pleno auge y desarrollo en la actualidad.

Notas

1. Recordemos que su fundador fue Nikolái Serguéiech Trubetzkoi, príncipe ruso quien vivió en la ciudad de Praga, muy interesado en el estudio de los sonidos desde una perspectiva diferente. Sus integrantes trabajaron en la década de 1930 y no se interesaron por la materia fónica, sino por lo que los sonidos significan dentro del sistema de la lengua. Además, explicaron la relación que existía entre lo que se habla y el contexto en el que se produce. Señalaron que el estudio del lenguaje tiene que ocuparse de los mensajes que se emiten en el código lingüístico, lo que fundó el estudio de la semiología, que ya había apuntado Saussure. En el campo de la fonología descubrieron el concepto de *rasgo distintivo*, lo que supone la división del sonido en cada uno de sus componentes. Este concepto trascendió el ámbito de lo estrictamente fónico y fue reelaborado por semantistas, semiólogos y antropólogos.

2. Para esta temática, remito al lector a un exhaustivo y bien documentado análisis sobre el debate entre la oposición *historia y estructura* de José Sazbón (1981); asimismo, a un estudio sobre las corrientes *funcionalista, estructuralista y marxista* de Brigitte Bernard (1981). Véase Referencias.
3. Recomiendo un estudio bastante completo de la obra de Roland Barthes en nuestro idioma de Rafael Castillo Zapata. Véase Referencias.
4. La publicación en español es de 1972 (2da. Edición en castellano). Aparece en las Referencias.
5. El artículo en cuestión (*Par où commencer*) apareció en la revista **Poétique**, No. 1, año 1970.
6. Coincidentalmente, Jacques Derrida (1975) tiene un ensayo titulado: *La Diseminación*, en un libro del mismo nombre, cuya visión es muy próxima a la barthesiana. Véase Referencias.
7. Este tema lo desarrollo, aunque con otras implicaciones, en un trabajo mío titulado: *Constructivismo y Representación Cultural. Avances y Perspectivas*. Véase Referencias.
8. De aquí en adelante cito *in extenso* a Culler (1988:40-43).
9. Culler (1988) cita aquí el libro *Limited Inc.*, p. 66/236 de Jacques Derrida.
10. Sobre este tema hay una Recensión que hice del libro *La Desconstrucción en las Fronteras de la Filosofía* de Jacques Derrida (Navarro, 1995: 189-196), en la cual se trata la distinción entre *sentido propio y sentido metafórico*. Para ello Derrida se pasea a través de la evolución de la metáfora desde los estoicos, pasando por Aristóteles hasta Martín Heidegger y Paul Ricoer. También se analiza el problema de la representación como problema de traducibilidad para llegar a distinguir la *praesentatio* (hecho de presentar) de la *repraesentatio* (hecho de volver presente).

Referencias

- Barthes, R. (1972). *Análisis estructural del relato*. Revista **Comunicaciones**. Traducción: Beatriz Dorriots. 2da. Edición. Argentina: Editorial Tiempo Contemporáneo.
- Barthes, R. (1974). *¿Por dónde empezar?* Traducción: Francisco Llinás. España: Editorial Tusquest.
- Benveniste, E. (1974). *Problemas de lingüística general*. 4ta. Edición. Traducción: Juan Almeda. 4ta. Edición. México: Editorial Siglo XXI.
- Bernard, B. (1981). *Funcionalismo, estructuralismo y marxismo*. Maracaibo, Venezuela: Editorial de la Universidad del Zulia (EDILUZ).
- Castillo Zapata, R. (1997) *El semiólogo salvaje*. Venezuela: Fondo Editorial Fundarte.
- Coresiu, E. (1977) *Principios de semántica estructural*. Traducción: Marcos Martínez Hernández. España: Editorial Gredos.
- Culler, J. (1987/1988). La crítica postestructuralista. Revista *Criterios*. Traducción: Desiderio Navarro. Número 21/24. Cuba.

- Derrida, J. (1975) *La Diseminación*. Traducción: José Martín Arancibia. España: Editorial Fundamentos.
- Derrida, J. (1977). *Posiciones*. Traducción: M. Arranz. España: Editorial Pre-Textos.
- Derrida, J. (1978). *De la gramatología*. México: Editorial Siglo XXI.
- Foucault, M. (1966). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. México: Editorial Siglo XXI.
- Foucault, M. (1979). *La arqueología del saber*. Traducción: Aurelio Garzón del Camino. México: Editorial Siglo XXI.
- Greimas, A.J. (1976). *Semántica Estructural. Investigación Metodológica*. 2da. reimpre-
sión. Traducción: Alfredo de la Fuente. España: Editorial Gregos.
- Hjelmslev, L. (1974) *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Traducción: José Luis Díaz
de Llaño. España: Editorial Greda.
- Lévi-Strauss, C. (1963) *Tristes tropiques*, France:Union Générale d'Éditions.
- Lévi-Strauss, C. y otros (1969). *Introducción al estructuralismo*. Traducción: José Sazbón.
Argentina: Ediciones Nueva Visión.
- Lévi-Strauss, C. (1976). *Antropología Estructural*. 6ta. Edición. Introducción de Eliseo Ve-
rón. Argentina: Editorial Síntesis.
- Navarro, R. (1995). Remisiones sobre un texto de Jacques Derrida. Revista *Frónesis*. Volu-
men 2, No. 2. Págs. 189-196. Maracaibo, Venezuela: Editorial Astrodata.
- Navarro, R. (1999). Constructivismo y Representación Cultural. Avances y perspectivas.
Revista *OMNIA*, año 5, No. 1 y 2. Maracaibo, Venezuela: Editorial de La Universi-
dad del Zulia (EDILUZ).
- Propp, V. (1977). *Morfología del cuento*. Traducción: Lourdes Ortiz. España: Editorial
Fundamentos.
- Saussure, F. de (1977). *Curso de lingüística general*. Traducción: Amado Alonso. Decimo-
sexta Edición. Argentina: Editorial Losada.
- Sazbón, J. (1976). *Saussure y los fundamentos de la lingüística. Estudio preliminar y selec-
ción de textos*. Argentina: Centro Editor de América Latina.
- Sazbón, J. (1981). *Historia y estructura*. Maracaibo, Venezuela: Editorial de la Universidad
del Zulia (EDILUZ).
- Van Dijk, T. compilador (2000). *El discurso como estructura y proceso. Estudios del dis-
curso: introducción multidisciplinaria. Volumen I*. Varios traductores. Revisión téc-
nica: José Ángel Álvarez. España: Editorial Gedisa.